

VUELTA AL MUNDO EN MOTO

UNA GRAN AVENTURA
EN BUSCA DE LOS
EXPLORADORES
ESPAÑOLES OLVIDADOS.

POR: M. SILVESTRE

LOS RASCACIELOS DE MANHATTAN arañan el horizonte. Mi moto está aparcada en Broadway. La matrícula con la E de España resulta extraña aquí. Pero más extraño ha sido el modo de llegar. Como un vaquero sucio y ansioso por darse un baño y entrar en un *saloon* de *western*, yo también vengo desde el Oeste. He completado una vuelta al mundo al pisar la Gran Manzana. Y no lo he hecho como mero reto de aventura. Mi objetivo era evocar a los exploradores españoles menos recordados. Por eso salí de España en junio de 2011 y viajé a Cabo Norte en busca del vaporoso recuerdo de Al Ghazal, embajador de Abderraman II entre los vikingos del siglo IX.

Para los latinos Noruega se nos aparece como una exótica nación oculta entre las brumas, tan misteriosa como una de las intraducibles Runas de Helsingia. Y aunque el transporte aéreo la ha acercado bastante, el viaje en vehículo motorizado desde España sigue siendo una gran aventura. ¡Qué no supondría llegar hasta Escandinavia en el siglo IX! Tras la primera incursión vikinga en el año 844, en la que saquearon Gijón y Sevilla, Abderraman II consiguió derrotarlos en Córdoba. El inteligente musulmán vio en ellos una oportunidad antes que una amenaza. Los misteriosos hombres rubios podían ser aliados contra el común enemigo cristiano. Tomó una decisión arriesgada: enviarles un embajador. El elegido se llamaba Al Ghazal, hombre sabio que con más de cincuenta años había sido diplomático en Bizancio. El relato de la embajada nos llega por fuentes indirectas. Procede del cronista Ibn-Dihya, nacido en Valencia en 1159. El manuscrito, conservado en la Biblioteca de Tombuctú, supone el primer relato fiable sobre la sociedad vikinga en la Baja Edad Media.

Tras cruzar Letonia, Estonia, Lituania, Polonia y Eslovaquia, entré en Hungría para recalar en Budapest. La vieja capital húngara, dividida entre Buda y Pest, alberga un maravilloso Parlamento que se asoma al Danubio, una Plaza de los Héroes y un grandioso museo de arte clásico donde se guardan lienzos de Goya y Murillo. Y también una humilde placa sobre la fachada de la embajada de España. Está dedicada a Ángel Sanz Briz, que desde su puesto de agregado de negocios extendió pasaportes españoles a más de 5.200 judíos magiares, librándolos del terrible moridero de Auschwitz.

Bajo su responsabilidad y sin orden a favor ni en contra del Ministerio de Asuntos Exteriores, rescató un decreto derogado de Primo de Rivera que concedía la nacionalidad española a los judíos sefardíes dispersos por el mundo. En Hungría apenas había expulsados de Sefarad, pero los alemanes no sabían cuántos, así que le concedieron autorización para extender 200. Sanz Briz salvó el obstáculo extendiendo diferentes series de pasaportes familiares –no personales– que nunca excedieran del número 200.

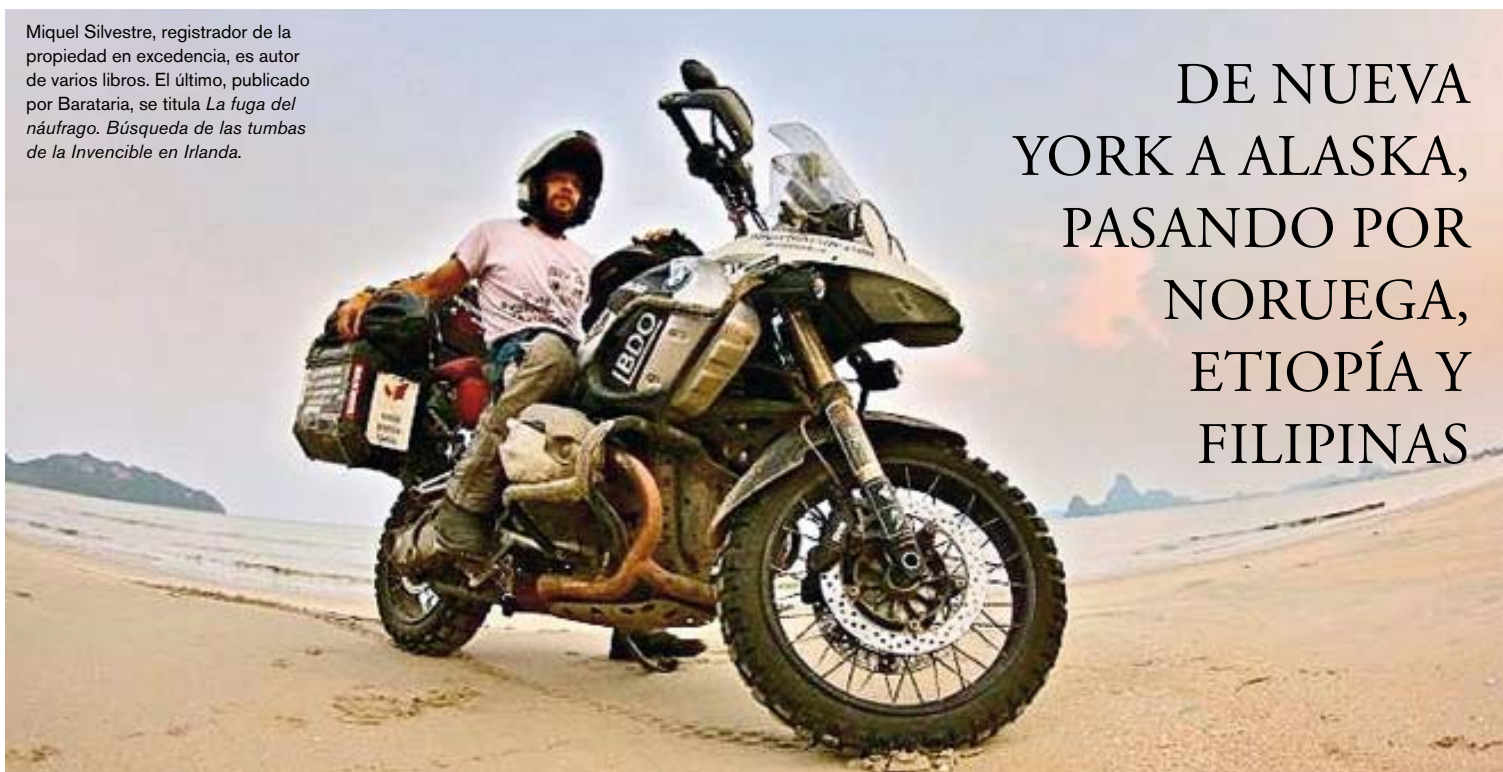
Y de ahí a África. Según un mito del medioevo, existía un riquísimo territorio más allá del Sahara donde regiría un príncipe cristiano. El reino del Preste Juan. Vasco de Gama abrió la ruta africana hacia las Indias Orientales en 1498 y se topó con el imperio del Negus. El cristianismo había llegado en el siglo IV gracias a misioneros sirios, pero en el VII los árabes comenzaron su expansión militar. Con el ascenso de este nuevo poder hegemónico en la región, Etiopía quedó aislada de la cristiandad. El jesuita madrileño Pedro Páez fue enviado desde la colonia portuguesa de Goa. El emperador Susinios le brindaría la oportunidad de visitar en las montañas Sahala las fuentes del Nilo Azul al sur del Lago Tana, hoy en la ruta principal a Addis Abeba y en las proximidades de las cataratas del Tisisat o “Agua que echa humo”, situadas a 30 kilómetros por una pista sin asfaltar de la agradable ciudad lacustre de Bahir Dar. Suceso que finalmente se produciría en 1618.

Lago Tana. En la cima de una colina de su orilla está el esqueleto del palacio catedral que diseñó Páez. Aquí lo enterraron. Apenas queda una arcada con celosías portuguesas. Nada recuerda al jesuita. El inglés Speke tiene una placa en el Lago Victoria como descubridor de las fuentes del Nilo Blanco. Páez un agujero negro en un lugar remoto. Cuán diferente es el trato dispensado.

Goa es la India tropical de los mangos, las palmeras y los cocoteros. Puestos de dulcísimas frutas, *tuk tucks* petardeantes y coloridos saris [\[pasa a la página 64\]](#)

Miquel Silvestre, registrador de la propiedad en excedencia, es autor de varios libros. El último, publicado por Barataria, se titula *La fuga del náufrago. Búsqueda de las tumbas de la Invencible en Irlanda*.

DE NUEVA YORK A ALASKA, PASANDO POR NORUEGA, ETIOPÍA Y FILIPINAS



[viene de la página 63] femeninos dan al horizonte alegre aire de exotismo. Al final de una avenida flanqueada de palmeras hay dos enormes iglesias frente a frente. Son las joyas arquitectónicas más importantes del legado portugués en India, monumental fruto del afán exploratorio de la época de los descubrimientos propiciado por la búsqueda de las especias. Una es blanca y resplandece bajo el sol declinante de la tarde. Es Sé Catedral, construida en 1562. La otra es rojiza y más antigua. Es la Basílica del Buen Jesús, donde está el cuerpo incorrupto de San Francisco Javier. En el apogeo del XVI había necesidad de clérigos. El rey Juan II pide curas al pontífice. Uno fue Francisco de Jasso, fundador junto a Ignacio de Loyola de la Compañía de Jesús. Pasará tres años recorriendo el sur de India y Ceilán. Llegaría a Malaca y más allá, hasta las lejanísimas Islas Molucas. En Japón realizaría uno de los viajes por tierra más legendarios de la historia de las exploraciones. Más de mil kilómetros en pleno invierno.

Cruzar a Malasia fue sencillo, pero no hay servicio de ferries con Indonesia. Hube de meter la moto en un frágil barco de cabotaje gobernado por una tripulación de verdaderos piratas. Aparecí en Sumatra, la sexta isla más grande del mundo y frecuente pasto de terremotos, erupciones y tsunamis. Unos 2.500 km de selva, lluvia torrencial y total ausencia de infraestructuras y alojamientos. El viaje se tornó una aventura total.

Borneo. Atraqué en el lado occidental y hube de cruzar de un extremo al otro para arribar a Sandakan, en la punta nororiental de la región de Sabah, que un día fue parte de la soberanía española hasta que se perdieron Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Allí zarpa el astroso paquebote que lleva pasajeros a Mindanao. Se usa fundamentalmente para deportar a los muchos filipinos que emigran ilegalmente. Pero valió la pena. Me convertí en el primer español que en 400 años llegaba a Filipinas en una expedición terrestre.

Senda de barro, casas sin saneamiento, vacas, perros, gallos y críos descalzos. Pero Filipinas era el verdadero objetivo de mi ruta. Allí perdió la vida el gran Fernando de Magallanes. Cuando arribó, lo peor de su travesía estaba hecho. De 5 navíos y más de 250 hombres que salieron en 1517 de Sanlúcar de Barrameda regresaron 18 enfermos a bordo de un maltrecho cascarón.

Cuando entré en la zona amurallada de Intramuros en Manila lo encontré como el símbolo de mi victoria contra las dificultades de un viaje en moto alrededor del mundo. El monumento al 400º aniversario de la expedición de Legazpi en 1564. Miguel López de Legazpi, hidalgo segundón, estudió para letrado y se hizo notario en Guipúzcoa. Marchó a América para prosperar y, gracias a su buen saber de leyes y procedimientos, siguió escalando como alto funcionario hasta enriquecerse y ser alcalde mayor de Ciudad de México. Tenía casa, hacienda, familia y la vida más que resuelta. Pero vendió todo y armó

una flota. Fundó Manila. Pero la vida es eso que te pasa mientras planeas otras cosas. Murió arruinado en Manila en 1572 sin saber que Felipe II le había nombrado gobernador vitalicio de Filipinas con una jugosa renta.

De Filipinas a Canadá. El primer europeo que navegó las aguas que rodean la Isla de Vancouver fue Juan de Fuca, navegante a las órdenes de Felipe II a finales del siglo XVI. Dos siglos más tarde aparecería la expedición de Juan José Pérez Hernández, en 1774. Le siguió una segunda comandada por Juan Francisco de la Bodega y Quadra. El motivo: la creciente presencia rusa en un territorio que los españoles reclamaban para sí. América entera, desde el Cabo de Hornos hasta el extremo norte —dejando aparte Brasil— había sido concedida a España por la bula papal Inter Coetera de 1493.

Las islas del Golfo. Tras un par de horas de hipnótica conducción llego a Tofino, aldea ubicada en el extremo de una península de la Isla de Vancouver. Falta una eñe. El pueblo se llama así en honor de Vicente Tofiño, cosmógrafo y director de la escuela de Guardamarinas de Cádiz.

La Isla Galiano, diminuta y alargada, llamada así en honor a Dionisio Alcalá-Galiano, hijo de esa España que pudo haber sido y no fue. Militar, marino y científico. Miembro de la expedición de Alejandro Malaespina, fue encargado de la exploración de Alaska y Canadá en busca del ansiado paso al Atlántico y quien primero circunnavegó la Isla de Vancouver, atravesó el Estrecho de Georgia y descubrió el Archipiélago del Golfo.

Alaska. El mito. La última frontera. La fiebre del oro, el oleoducto del Ártico, el sol de medianoche y el destino más alejado para los buscadores de sueños de libertad. Circulo entre valles interminables y cordilleras nevadas. Viajo solo durante muchísimos kilómetros. Disfruto del placer de dejarme llevar por el imán del horizonte. Para mí significa terminar la Ruta de los Exploradores Olvidados porque aquí está Valdez, topónimo en español más septentrional del planeta y límite de la exploración hispana en Norteamérica.

La pequeña población aparece rodeada de impresionantes glaciares azules. El rico puerto pesquero en el delta del río Cooper fue fundado por un arrojado marino leridano: Salvador Fidalgo. Su rey fue Carlos III, último monarca ilustrado al que aún le interesó la exploración científica. Tras él, Carlos IV, débil y acomplejado. La generación de los grandes navegantes del siglo XVIII fue sacrificada en una batalla absurda, por una mala causa y un mal rey: Trafalgar. Tras eso, la invasión de Napoleón, una Guerra de la Independencia donde ganó el retorno del absolutismo y la desaparición de cualquier España ilustrada y liberal. Desde entonces, parece que vamos cuesta abajo y que la burbuja inmobiliaria de comienzos del XXI no ha sido más que un corto sueño de prosperidad.

CEA

